

## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Tullidores de niños. Del musa"ib de al-Yahiz a los dacianos de Carlos García: escarceos en torno a una extendida figura del hampa antigua

Autor: Buendía, Pedro

Forma sugerida de citar: Buendía, P. (2001). Tullidores de niños. Del musa"ib de al-Yahiz a los dacianos de Carlos García: escarceos en torno a una extendida figura del hampa antigua. *Cuadernos Americanos*, 4(88), 125-154.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 88, (julio-agosto de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## Tullidores de niños. Del *muša'ib* de al-Yahiz a los *dacianos* de Carlos García: escarceos en torno a una extendida figura del hampa antigua

Por Pedro BUENDÍA

*Departamento de Lengua y Literatura Hispánicas,  
Universidad de El Cairo*

*Siguiendo, como debo, lo puntual de la Historia, no hallo quién fue el que dio principio a la crueldad de exponer los infantes. Dedícese, sólo de los historiadores, ser general esta costumbre, pues se halla introducida en las naciones todas. De los Hebreos y Egipcios, lo afirman Filón y Josefo; de los Griegos, lo aseguran Aristófanes y Diodoro; de los Persas y Medos, lo escribe Justino; de los Romanos, lo expresan Tito Livio, Plinio y Plutarco; de los Alemanes, lo refieren Tácito y Lipsio; de los Españoles, lo dice el padre Mariana; de los Franceses, lo afirma Juan Barclayo; y de los Indios, lo refieren el P. Acostay D. Juan de Solórçano. El mismo testimonio nos dan las letras Sagradas, pues en ellas se considera a Melquisedec expósito; lo cual se deduce de proponerlo el Apóstol sin padres ni genealogía. También consta que Agar, esclava de Abraham, expuso a Ismael, su hijo, en la sombra de un árbol, obligada de la penuria a que la condujo su destierro, eligiendo el que pereciese su hijo sin su asistencia, antes que ser testigo de su desgracia. Con más expresión se describe el inicuo decreto de Faraón, que obligaba los Hebreos a exponer sus infantes en el Nilo, cuyo infortunio alcanzó a Moisés. De donde se infiere ser tan antigua la costumbre de exponer los infantes, que no se le puede hallar origen. En cuanto a la forma de la exposición, son varios los modos que inventó la crueldad...*

Fray Thomás de Montalvo, *Práctica política  
y económica de expósitos*, Granada, 1700

**E**L HORROR DE LA CIVILIZACIÓN NO TIENE LÍMITES. Parece que, desde que el mundo es mundo, no hay desgracia sin pasar, ni espanto por suceder. Poco duelen, en las nuestras, tantas cabezas como en Babilonia hizo rodar Senaquerib, el terrible rey de Asiria. Desde las batallas homéricas hasta las infames guerras teledirigidas de hoy, se alzan como espejismo de orden las implacables leyes del *Código* de Hammurabi y del *Levítico*, con su larga hilacha de mutilaciones, lesiones y agravios

que, si bien parecen haberse levantado para poner coto a la barbarie, a las veces semejan administrarla más a tuerto. Eso quiere decir que la barbarie ni conoce leyes, ni respeta morales; y por más que nos pese, la crueldad hace buena gavilla con las normas, las ciudades y el orden. A lo largo de las épocas, nadie se salva de los despiadados resortes que alimenta la vesania humana. Con frecuencia son los más débiles, los más indefensos, los que sufren las peores afrentas. El presente trabajo sigue la pista a uno de los horrores más grandes que se conocen: el de la mutilación intencionada de niños.<sup>1</sup>

Mediada la centuria novena, el gran sofista de Basora, 'Amr b. Bahr al-Yahiz, inserta en su *Libro de los avaros* una pintoresca lista de "oficios" del hampa abbasí. Entre las gentiles artes, clases de pícaros y rufianes que ahí se reúnen, aparecen figuras comunes a la vida marginal de todos los tiempos, y señaladamente una que aún perdura: la de los mendigos que, por promover la piedad de los ciudadanos, se hieren a sí mismos, o bien engañan con llagas fingidas. Entre esta cáfila de frescos, caraduras y otras hierbas del verde *lumpen*, se le ha colado a al-Yahiz un sujeto nada simpático, tirando a tenebroso y terrible del todo: el *muṣā'ib* o deformador de niños:

Su ocupación es deformar a niños recién nacidos, cegándolos, tulléndolos o mancándolos para que la familia los utilice en pedir limosna. En ocasiones son padre o madre los que los llevan a la operación, pagando un alto precio, por convertirse así el niño en una hacienda de buena renta que, o bien se puede explotar directamente o alquilar por un arriendo prefijado. A veces los alquilan por buenos cuartos a personas que viajan a África y mendigan para ellos por todo el camino, eso sí, son gente de confianza, porque de lo contrario, han de ofrecer un aval tanto por el niño como por el arriendo.<sup>2</sup>

Nos preguntamos por este siniestro personaje, y pensamos si de veras ha podido existir quien tuviera por oficio y ventaja cometer semejantes atrocidades; quizá fuera una anécdota morbosa y peregrina del inefable polígrafo de Basora, siempre atento a registrar cuantas rarezas y extravagancias rondaban su mente.

La anécdota dobla su curiosidad, no obstante, cuando más de media docena de siglos después, y a muchas parasangas de distancia, un español casi desconocido y exiliado en París, el supuesto doctor Carlos García, compone en su novela *La desordenada codicia de los*

<sup>1</sup> El presente trabajo, así como otros dedicados a las literaturas de la picaresca árabe e hispánica, ha sido posible gracias a la generosa ayuda de la Fundación Oriol-Urquijo, de la que este investigador fue becario en 1996.

<sup>2</sup> Al-Yahiz, *Libro de los avaros*, traducción de Serafín Fanjul, 2ª ed., Madrid, Libertarias, 1992, p. 119.

*bienes ajenos* (1619) un catálogo parejo de personajes poco recomendables. El suyo, llamado “De la diferencia y variedad de los ladrones” ya no es un retablo de bribones y pícaros arrastrados, sino de cacos profesionales, dispuestos según sus clases y oficios. Y he aquí que también Carlos García lleva infiltrado en ese oscuro regimiento a un primo hermano, vale decir, del mencionado *muṣa`ib*: el *daciano*, que retuerce brazos y pies a los niños, y luego los vende, así contrahechos, a pícaros y ciegos, para que pidan dinero con ellos:

Los dacianos son gente cruel, despiadada y feroz, tenida en nuestra república en menos reputación que los demás ladrones. Éstos roban niños de tres o cuatro años, y, rompiéndoles los brazos y pies, les dejan estropiados y contrahechos para vendellos después a ciegos, pícaros y otra gente vagamunda.<sup>3</sup>

Dos noticias casi idénticas, separadas por varios siglos y países, que sugieren la existencia de un ominoso mundo de mendicidad organizada y trashumante. Desgraciadamente, el tema pasa de ser una casual anécdota folclórica, pues, como veremos, la mutilación intencionada de niños con fines mendicativos ha sido una constante de numerosas civilizaciones. El tema ya lo hallamos en san Juan Crisóstomo, y por ahí parece empezar.

Finales del siglo IV, Antioquía. En los confines del Bajo Imperio, el Mar de la elocuencia griega reprocha con frecuencia en sus terribles sermones y homilías la penosa situación de los pobres antioqueños, trazando en su predicación un alucinado panorama del estado de los menesterosos de su ciudad, con su arsenal de tretas y argucias para ablandar la caridad de la gente:

Hay otros pobres más ligeros de cascos y más orgullosos, que no pueden soportar el hambre, pero prefieren soportar todo antes que eso. Éstos, no habiendo conseguido nada al dirigirse a vosotros con gestos y palabras lastimeros, dejando aparte las súplicas, hicieron cosas que sobrepasan con mucho las de los prestidigitadores: unos masticando cuero de zapatos arrojados; otros introduciéndose hasta el vientre desnudo en aguas heladas; otros clavándose en la cabeza clavos agudos; otros padeciendo cosas más absurdas y más graves que éstas para ofrecer un espectáculo a todas luces reprobable.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Carlos García, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, ed. V. Roncero, Navarra, EUNSA, 1992, p. 133.

<sup>4</sup> *Homilía XXI in I ad Corinthios*, traducción apud A. González Blanco, *Economía y sociedad en el Bajo Imperio según san Juan Crisóstomo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980, p. 329.

Y a eso añade el obispo de la boca de oro:

Si [quien mendiga] simula temblor y enfermedad, lo hace por necesidad y pobreza, por causa de tu crueldad y falta de humanidad, que tiene necesidad de semejantes comedias, ya que de otro modo no se inclina a la misericordia. Porque, ¿quién hay tan miserable y desgraciado que, sin necesidad, sólo por conseguir un pan se comporte de una manera tan indecorosa, sea golpeado y sufra tantas penalidades? Su simulación va por la ciudad pregorando tu falta de humanidad. Y puesto que, suplicando, obsecrando, lanzando palabras lastimeras y dando vueltas todo el día, no obtiene siquiera el alimento necesario, quizá imaginó ese modo de proceder, que no sólo a él, sino también a ti te trae vergüenza y oprobio [. . .] ¿Y qué hablo, de simular desnudez y temblor? Diré algo mucho más horrible: algunos se han visto obligados a dejar ciegos a sus hijos, de edad aún temprana, y esto para que nos diéramos cuenta de su gran calamidad.<sup>5</sup>

El tono de regeneración moral del Crisóstomo, transido de piadosos ideales de caridad y justicia, dista mucho de la actitud literaria de al-Yahiz y García; pero en las descripciones de todos ellos se echa de ver que las características del cuadro son comunes: gente rapaz, profesional de la impostura, especializada en el vagabundeo. Será entre esta turba, visto y descrito de una u otra forma, donde hallaremos casi siempre al tulador de niños.

Volvamos al mundo abbasí. Algunas décadas después de al-Yahiz, al-Bayhaqi amplía y comenta en su valioso *Libro de los pros y los contras* (*Kitab al-mahasin wa l-masawi*) las noticias sobre vagabundos y mendigos, en dos capítulos consecutivos titulados respectivamente “ventajas del mendigar” (*mahasin as-su'al*) y “clases de pícaros y sus industrias” (*asnaf al-mukaddin wa af'ali-him*). Allí aparece de nuevo el *muša'ib*, cuya descripción, por estar prácticamente calcada de la de al-Yahiz,<sup>6</sup> no merece la pena reproducir aquí.<sup>7</sup> Indica, con todo, que la figura del *muša'ib* habría de seguir presente entre la rufianería árabe, como veremos.

A mediados del siglo x, el poeta errante y libertino Abu Dulaf al-Jazrayi compone a instancias del gran visir de los buyíes, el Sahib b. 'Abbad, una célebre casida sobre el mundo de los *Banu Sasan*, nombre por excelencia del tropel de vagabundos, mendigos, ladrones y

<sup>5</sup> *Ibid.*, las cursivas son mías.

<sup>6</sup> Al-Bayhaqi, *Kitab al-mahasin wa l-masawi*, ed. M. Suwayd, Beirut, Dar lhyá' al-'ulum, 1988, p. 648.

<sup>7</sup> V. F. Schwally, “Ein arabisches Liber Vagatorum”, *Zeitschrift für Assyriologie*, xxvii (1912), pp. 28-42, con la traducción comentada de ambos textos.

pícaros de toda índole que pululaban por las ciudades de Mesopotamia e Irán. En esta su *Qasida Sasaniyya*,<sup>8</sup> Abu Dulaf describe todas las añagazas, argucias y corruptas costumbres de esos grupos marginales, incluyendo tras cada verso la explicación detallada de su jerga o lenguaje propio, de guisa muy semejante a la que muchos años después empleará en España un Juan Hidalgo en sus *Romances de germanía con su Bocabulario*.<sup>9</sup> Entre los términos precisos que emplea Abu Dulaf para describir las especialidades y patrañas de los Banu Sasan, aparece toda la galería de los que engañan con llagas fingidas, o bien infligiéndose lesiones perversas con que pedir a más y mejor.

No faltan en la lista varias alusiones a quienes se valen de infantes para su negocio mendicante, estropeándolos, sin perjuicio de otras dedicaciones, como el curanderismo, el robo o las trápalas del saltimbanqui:

**Está el que apañando amasa o serpentea** [v. 40]. El que *amasa* es quien produce torceduras en los niños. También engaña a quien sufre un dolor de muelas, entrometiéndole gusanos del queso por los dientes; luego se los saca y le hace creer que lo ha hecho por ensalmo. *Serpentea* si es capaz de librarse de las cadenas por los caminos, y también sonsaca anillos valiéndose de un fino retal de seda.

También aparecen los aficionados al bardaje, los pordioseros pederastas y corruptores de niños:

**Está el maestro o preceptor, que desataca**<sup>10</sup> [v. 87]. Los *maestros* son gente espabilada, que entiende y gusta de la compañía de los mancebos, conque así los educan desde chicos.<sup>11</sup>

Aquellos que exhiben a la vista del público una numerosa prole, cuyos miembros muestran todos signos de necesidad, miseria o quién sabe

<sup>8</sup> Ed. de Charles E. Bosworth, en *The Mediaeval Islamic underworld*, 2 tomos, Leiden, E. J. Brill, 1976, tomo II, *The Arabic jargon texts*. Estas dos casidas de Abu Dulaf al-Jazrayi y Safi d-Din al-Hilli, sacadas a la luz por el profesor Bosworth, son textos de extraordinario interés cultural, para el público lector en general y para el lector de nuestra picaresca en particular: tenemos ultimada la traducción de ambas, que esperamos editar próximamente con amplio comentario y notas.

<sup>9</sup> Véase John M. Hill, *Poesías germanescas*. Indiana University Publications, 1945.

<sup>10</sup> *Wa arjā 'uqal az-zirr*, "afloja las trabillas del botón". Traducimos toda la expresión con el verbo *desatacar*, tan común en nuestros clásicos ("desatar una prenda soltando las ataduras o botones que la atacan"). La imagen es clara: el maestro educa a los niños en la vida briviática y mendicativa, enseñándoles sus técnicas y trucos a cambio de tener comercio carnal con ellos.

<sup>11</sup> *Yaquluna bi-sahib wa l-gulam, fa-yurabbuna as-sibyan*. Para zascandilear en el porqué de la traducción, véase Reinhart Dozy, *Supplément aux dictionnaires arabes*, Beirut, Librairie du Liban, 1991 (reimpr. 1881), II, p. 429a, s. v. *qala bi-*.

qué estragos, figuran igualmente en estos versos, con un pintoresco y significativo nombre:

**Y está el arrastraniños,<sup>12</sup> que con señales de estragos los lleva [v. 72].** El *arrastraniños* es quien alquila infantes o muchachas y pordiose a su costa.

Todo un mundo, como se ve, bien organizado y alerta a los dineros ajenos, que nos recuerda bien al *muša 'ib* y a los *dacianos* de Carlos García. Cuando nuestro doctor exiliado en París, de supuesto origen judío y acusado de bodegonero, bebedor, sodomita y practicante de abortos, escribe su *Desordenada codicia de los bienes ajenos*, con su pintoresca recua de timadores y ladrones, no está descubriendo un tema nuevo. Las obras que tratan de pícaros, buscones y vagabundos son ya antiguas en Europa. Aunque el tema había sido tratado desde el Medioevo con más o menos insistencia en casi todas las literaturas del Viejo Continente, una de las primeras obras — y desde luego la más importante — que lo aborda expresamente parece ser el célebre *Liber Vagatorum*, compuesto en Alemania hacia finales del siglo xv con gran éxito de público (dieciocho reimpresiones en once años) y prologado más tarde por Martín Lutero, en su edición de 1528.<sup>13</sup> En la Edad Media, la mendicidad, la vagancia y el vagabundeo habían sido componentes esenciales del sistema feudal:<sup>14</sup> el desarrollo de las ciudades, el modelo evangélico de pobreza, las órdenes mendicantes, los ideales incompatibles de nobleza y trabajo, entre otros factores, propiciaron la emergencia de una verdadera legión de desheredados, un inquietante “ejército de la noche” que pronto se convirtió en lacerante problema social. Hacia principios del quinientos ya se había perfilado nítidamente en las mentalidades la diferencia esencial entre los “pobres verdaderos”, que son de Dios, y los “pobres fingidos”, que era necesario erradicar de las repúblicas, previniendo sus malas artes y aprendiendo a distinguirlos. A ese fin apunta el *Liber Vagatorum* y la amplia lista de

<sup>12</sup> *Yarrar 'iyalat*.

<sup>13</sup> *Liber Vagatorum: le livre des gueux*, Strasburgo, P. Ristelhuber, 1862. Trad. inglesa de J. C. Hotten, *The book of vagabonds and beggars, with a vocabulary of their language. Edited by Martin Luther in the year 1528*. Esta extraordinaria e importante obra, que bien merecería ser traducida a nuestra lengua, es una verdadera rareza bibliográfica en todas sus ediciones. Un extraño maleficio de extinción parece haberse abatido sobre ella. Viene extensamente analizada y citada en el espléndido libro de Bronislaw Geremek, *Les fils de Cain*, Paris, Flammarion, 1991, pp. 52ss., 92ss. (trad. esp. *La estirpe de Cain*, Madrid, Mondadori, 1991).

<sup>14</sup> Michel Cavillac, introducción a Cristóbal Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, p. lxxv.

obras que en Europa se sucedieron sobre el tema.<sup>15</sup> Que los mendigos en general, y los fingidos en particular, constituían una preocupación de las mentes reformadoras de la época ya nos lo muestra el ejemplo de Juan Luis Vives. El maestro valenciano escribe en 1525 un tratado intitulado *De subventione pauperum* (1525), dedicado a los burgomaestres y al senado de Brujas, ciudad donde vivía ya catorce años “consagrado por entero a mis estudios”. En él leemos:

¿Y qué es esto de que, cuando en un templo se celebra una fiesta solemne y concurridísima, se tenga que entrar, forzosamente, en el sagrado edificio por en medio de dos filas o escuadrones de enfermedades, tumores podridos, llagas y otros males cuyo solo nombre no se puede sufrir, y que éste sea el único camino por donde han de pasar los niños, doncellas, ancianos y mujeres encinta? ¿Pensáis que todos son tan de hierro que no les impresione semejante vista, con el cuerpo en ayunas, y señaladamente cuando estas úlceras no sólo se meten en los ojos, sino que las acercan al olfato, a la boca, a las manos y al cuerpo de los que van pasando? ¡Tan descocado es el pordioseo! [...] porque cerradas la bondad y las manos de muchos, no teniendo los necesitados con qué sustentarse, vense forzados los unos a ejercer el latrocinio en poblados y en caminos; los otros hurtan escondidamente; las mujeres que son de buena edad, desechada la vergüenza, no pueden retener la castidad, vendiéndola en todas partes, y no hay quien las saque del cenagal en que atollaron; las viejas se consagran al celestineo y a la hechicería que acompaña al celestineo; los hijos de los necesitados reciben una pésima crianza; ellos, con sus crios echados delante de las iglesias o vagabundeando, y pordioseando en todos los sitios.<sup>16</sup>

Y entre esta barahúnda de pobres llagados, de pedigüeños desvergonzados y maestros de pescar a río revuelto vuelve a asomar el tullidor de niños:

Primeramente, piden con suma procacidad e importunidad, más por alcanzar a viva fuerza que por ruegos [...] Pordioseando sin ningún miramiento del dónde ni del cuándo [...] se abren paso a través de las más apiñadas multitudes con sus llagas repugnantes, con el hedor nauseabundo que exhala todo su cuerpo [...] Y no es esto sólo: de muchos se ha averiguado que con ciertos medicamentos se abren y ensanchan las úlceras para producir más

<sup>15</sup> Un extenso panorama de la literatura sobre mendigos y bajos fondos en la Europa del XVI y XVII se hallará en Geremek, *Les fils de Caïn*, pp. 52ss.; *id.*, *La piedad y la horca*, Madrid, Alianza, 1986; Nilda Guglielmi, *Marginalidad en la Edad Media*, Buenos Aires, Eudeba, 1986; y Piero Camporesi, *El pan salvaje*, Madrid, Mondibérica, 1986.

<sup>16</sup> Juan Luis Vives, *Del socorro de los pobres (De subventione pauperum, 1525)*, en *Obras completas*, ed. y trad. Lorenzo Riber, 2 tomos, Madrid, Aguilar, 1947, tomo I, pp. 1390-1391.

lástima en los que los ven. Y no solamente por la avidez de la ganancia afean ellos mismos sus propios cuerpos, sino los de sus hijos y otros niños que a veces piden prestados o alquilados para llevarlos por todas partes. Yo sé de una gente que los lleva hurtados y raquíticos por conmovier más los sentimientos de aquellos a quienes piden limosna.<sup>17</sup>

Hasta esos momentos, la existencia de semejantes atrocidades había llamado la atención de varios hombres de letras de Europa. En Inglaterra ya habían sido reprobadas a fines del siglo XIV por William Langland, en su *Piers Plowman*, donde arremete contra los mendigos y sus artimañas:

Así, vuestra existencia está desprovista de caridad y no observáis las leyes. Muchos de vosotros no contraéis matrimonio con las mujeres con las que os juntáis; las cubrís y os ponéis a faenar, rebuznando como bestias salvajes y engendrando prole de origen bastardo. A continuación, les rompen el espinazo o los sueños desde temprana edad y practican la mendicidad sin solución de continuidad. Entre esos mendigos se dan más casos de seres deformes que en las restantes profesiones juntas.<sup>18</sup>

El maltrato a los niños y su uso como ganga mendicativa, si no los *dacianos* mismos, aparecen igualmente criticados en *Das Narrenschiff* de Sebastian Brant (1494):

Muchos ejercen la mendicidad en los años en que bien podrían trabajar y son jóvenes, fuertes y sanos; sólo que no gustan de doblar bien el espinazo, tienen clavado un hueso de bribón en la espalda. Sus hijos permanentemente tienen que ir a mendigar y aprender bien el vocerío de mendigo; si no, antes les partirían un brazo en dos o les producirían heridas e hinchazones para que pudieran gritar y aullar [...] Éste anda con muletas cuando se le ve, y, cuando está solo, no las necesita. Ése puede caer como un epiléptico ante la gente, para que todos puedan prestarle atención. Aquél *toma prestados a otros sus hijos*, para tener un buen montón de dinero [...] Uno anda cojeando, otro cual jorobado, un tercero ata una pierna a una muleta o un hueso de muerto en los pliegues del faldón; si se le mirara bien la herida, se vería cómo estaba atado.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 1366.

<sup>18</sup> William Langland, *Pedro el Ermitaño (Piers Plowman)*, trad. P. Guardia, Madrid, Gredos, 1997, p. 129

<sup>19</sup> Sebastian Brant, *La nave de los necios (Das Narrenschiff)*, ed. A. Regales Serna, Madrid, Akal, 1998, p. 205. Las cursivas son mías.

Ya en la Inglaterra isabelina, el caso de impíos y terribles deformadores de niños aparece expresamente nombrado en la estupenda obra del caballero de Kent, Thomas Harman, *A caveat or warening for commen cursetors, vulgarely called Vagabones* (1566-1567). Este catálogo detallado de cuantas clases de pedigüños conoció la Inglaterra del quinientos fue elaborado por su autor tras haber interrogado sobre su lenguaje y modo de vida a tantos mendigos como llamaron durante años a su puerta. Allí aparecen dos desgraciados típicos, llamados respectivamente *Kynchin Morte* y *Kynchen Co*:

A Kynching Morte is a lytle Gyrl: the Mortes their mothers carries them at their backes in their slates, whiche is their shetes, and bryngs them up sauagely, tyll they growe to be rype, and soone rype, soone rotten.

A Kynchen Co is a young boye, traden up to suche peuishe purposes as you haue harde of other young ympes before, that when he groweth unto yeres, he is better to hang then to drawe forth.<sup>20</sup>

En una de las mejores obras sobre el espeluznante mundo marginal isabelino, Gâmini Salgâdo comenta estas palabras de Harman:

Nor must we forget the younger generation, the children of vagrants, called "kinchin coes" if they were boys and, if girls, "kinchin morts". They served a variety of purposes, including wriggling through small openings to pilfer, distracting attention while the parents went about their nefarious business, and looking suitably pathetic in order to soften the hearts of the villagers. *Instances are not lacking of children being deliberately mutilated to increase their potential earning capacity as recipients of charity.* When very young, these children were carried tied up in sheets and slung on their mothers' backs. "The morts their mothers carries them at their backs in their slates, which is their sheets, and bring them up savagely, till they grow to be ripe: and soon ripe, soon rotten". Clearly Harman had no sympathy to waste on those who were born into a life of vagrancy.<sup>21</sup>

Tampoco Francia se libró de tan despiadado y bestial negocio, pues en su literatura hallamos varios ejemplos de estos terribles sacamantecas. La figura del tullidor de niños había llegado ya a provocar escándalo y conmoción en el París del siglo xv, y debió de ser tan tristemente llama-

<sup>20</sup> *Awdeley's fraternitye of vacabondes, Harman's Caveat, Haben's Sermon, &c.* ed. E. Wiles y F. J. Furnivall. Early English Text Society (1ª ed. 1869). Nueva York, Kraus Reprint, 1988. p. 76

<sup>21</sup> Gâmini Salgâdo, *The Elizabethan underworld*, Gloucestershire, Sutton Publishing, 1997, p. 117. Las cursivas son mías.

tiva, que entró en el repertorio paradoxográfico unas cuantas décadas más tarde. El gran compilador de prodigios, Pierre de Boaistuau, se lamenta en su *Theatro del mundo* (trad. castellana de 1569) de la mala y cruel desatención de algunas madres:

Quántas madres ay oy día, si queremos dezir verdad, que se contentan, y aun les parece aver hecho demasiado por sus hijos, aviéndolos parido, y aun a las vezes abortado y hechado de sus entrañas, y luego dádoles en las aldeas y lugares de al rededor a criar a amas que ni vieron ni oyeron jamás, y que a las vezes les buelven unos por otros.

No le bastaban ya a la pobre criatura los grandes trabajos y tormentos que avía padescido en el vientre de su madre, sin aparejarle otros de nuevo, en nasciendo, por sola la ingratitude, delicadeza, desamor y malmiramiento de las madres, que, no los criando, los dan a amas que no conocen; las quales, o los truecan, o crían con leche podrida, trasteada, mala y corrompida, de que después vienen a bivar enfermos, virolientos y leprosos, como ha sido experimentado de muchos médicos, con harto daño de las pobres criaturas, y infamia de sus madres, porque no ay cosa más cierta que si el ama es vizca, o borracha, o puta, la criatura será vizca, no por la leche que mamó, sino por la conversación y costumbre de mirar que la criatura toma de su ama: y si borracha, la haze de débil complexión y dispone a que ame el vino.<sup>22</sup>

Y en el capítulo v de su célebre obra *Historias prodigiosas*, intitulado “Del nacimiento de algunos monstruos, y de las causas de sus generaciones”,<sup>23</sup> vuelven a brillar las zarpas del *daciano*:

Aquestas ordinariamente son las causas de la producción de los monstruos, según la opinión de todos los hombres doctos, assí Griegos como Latinos: aunque también sé que dellos ay otra especie, que se hazen con artificio de algunos embaidores, que de unas tierras a otras andan engañando la gente, y es, que toman las criaturas quando son pequeñas, y están tiernas como massa, y las desfiguran, cortándoles, y torciéndoles los rostros y miembros, e hinchándoselos de suerte, que parezcan monstruos, con los quales después ganan dineros, enseñándolos como cosa maravillosa. Y aqueste em-

<sup>22</sup> *El theatro del mundo de Pedro Boaistuau llamado Launay, en el qual amplamente trata las miserias del hombre*. Trad. castellana del Maestro Baltasar Pérez del Castillo, Alcalá de Henares, Juan de Villanueva, 1569, fols. 52rto.—vto., 54 vto.—55rto.

<sup>23</sup> Pierre de Boaistuau, *Historias prodigiosas y maravillosas de diversos sucesos acaecidos en el Mundo, escritas en lengua francesa por Pedro Bouistau, Claudio Tesserant y Francisco Belleforest*. Traducción castellana de Andrea Pescioni, Madrid, Bautista López, 1603, pp. 16-17.

buste no es cosa nueva, porque Hipócrates en su libro *De aere & locis*<sup>24</sup> dize, que en su tiempo avía en Assia hombres que cometían semejantes maldades.

Similarmente pinta a estas bestias el cirujano Ambroise Paré en el capítulo “Engaño de cierto malandrín que fingía ser leproso” de su obra *Des monstres et prodiges* (1575):

Pues, además de los que se han dañado a sí mismos y han cauterizado y herido sus cuerpos, o han utilizado hierbas y drogas para hacer más repugnantes sus heridas y su físico, los hay que han raptado niños pequeños y les han quebrado brazos y piernas, sacado los ojos, cortado la lengua, aplastado y hundido el pecho, diciendo que un rayo los había destrozado así, con el fin de llevarlos por el mundo y tener oportunidad de mendigar y de conseguir dinero.<sup>25</sup>

Dijimos que el negocio de estropear a los infantes había provocado honda perturbación en la opinión pública parisina del siglo xv. A esta circunstancia corresponde el caso más cierto y documentado de *dacianos* que se conoce. Tanto, que hasta sabemos los nombres, apellidos y descripción física de dos pavorosos tullidores de niños.

Ello es que, hacia mediados de la centuria, toda la miseria y lacería que se ve por la capital francesa aparece pintada en el *Journal d'un bourgeois de Paris*, las singulares memorias de un desconocido clérigo o universitario parisino; y el implacable tulleniños escarba de nuevo en aquel muladar:

<sup>24</sup> Mucho nos sorprende encontrar esta referencia a Hipócrates, pues, aunque el médico de Cos habla en su tratado *De aere & locis* de los macrocéfalos, pueblo legendario descrito por la historiografía jónica y ubicado en torno al Mar Negro, el tema guarda poca relación con lamendicidad y los *dacianos*: “Desde luego, no existe ningún otro pueblo que tenga unas cabezas parecidas. En efecto, al principio fue la costumbre la mayor responsable de la longitud de la cabeza, pero, ahora, también la naturaleza se une a la costumbre. Piensan que los que tienen la cabeza más grande son los más nobles. En cuanto a la costumbre, ocurre lo siguiente: tan pronto como nace el niño, modelan con las manos su tierna cabeza, cuando todavía está blanda, y la obligan a crecer en longitud aplicándole vendajes e instrumentos adecuados, bajo cuyos efectos se rompe la forma redonda de la cabeza y aumenta, en cambio, la longitud” (*Tratados hipocráticos*, ed. de J. A. López Férez y E. García Novo. Madrid, Gredos, 1986, vol. II. *Sobre los aires, aguas y lugares*, 14). Tales deformaciones fueron usadas, como es sabido, por los pueblos escitas, y señaladamente entre ellos por los hunos o ávaros, cuyo aspecto monstruoso contribuyó a mitificarlos en el imaginario popular de la alta Edad Media como seres demoniacos propensos a todos los males: véase L. Buchet, “La déformation crânienne en Gaule et dans les régions limitrophes pendant le Haut Moyen Âge, son origine et sa valeur historique”, *Archéologie Médiévale*, 18 (1988), pp. 55-71.

<sup>25</sup> Ambroise Paré, *Monstruos y prodigios*, traducción de I. Malaxecheverría, Madrid, Siruela, 1993, p. 73.

Item en ce temps furent prins caymens, larrons et meurtriers, lesqux par jehaine ou autrement confesserent avoir emblé enfens, à l'un avoir crevé les yeulx, à autres avoir coppé les jambes, aux autres les piez et autres maulx assez et trop.<sup>26</sup>

Registrando los archivos tras la pista del *Journal d'un bourgeois de Paris*, el maestro polaco Bronislaw Geremek ha desempolvado este caso, pintándolo de finos colores: a fines de 1448 y principios del siguiente, se arrestó a una banda de mendigos y maleantes especializados en el rapto de criaturas destinadas a la mendicidad:

La bande se rendait à l'endroit choisi, accompagnée de femmes, pour tromper la vigilance des sergents, passait quelques jours à l'hôtel, enlevait sa proie et prenait le large. On crevait ensuite les yeux de l'enfant, on lui coupait un pied ou une jambe et l'instrument propre à éveiller compassion, pitié et charité était prêt. A l'issue du procès deux hommes et une femme sont pendus à des gibets spécialement dressés pour eux.<sup>27</sup>

Estos dos hombres son los dos únicos *dacianos* que conocemos con nombre y apellidos. El primero, de nombre Jehan Baril, fue casualmente camicero y “escorcheur de bestes”: “Il est marié. Son aspect extérieur ne rappelle en rien le clergé: il porte les cheveux longs, rejetés en arrière, une barbe et, sur la tête, un capuchon”,<sup>28</sup> y según los archivos “confesse avoir prins et emblé ung petit enfant a ung lieu nommé Ferrieres et lui a tirait les deux yeulx et si a esté guetteur de chemins et consentant de cinqmeurtres”.<sup>29</sup> El otro elemento, de nombre Étienne Pierrier, “a enlevé deux enfants, crevé les yeux de l'un et *estropié* le second en lui coupant les pieds”.<sup>30</sup>

Terrible cosa. En España el panorama no es menos desolador. La abundante literatura política y de beneficencia, por una parte, junto a la colección de noticias suministradas por el género picaresco en torno a bribones y pobres fingidos brinda una insufrible estampa del omnipresente mundo marginal español.<sup>31</sup> La sola lectura de la *Vida de la Corte*

<sup>26</sup> *Journal d'un bourgeois de Paris*, ed. C. Beaune, Paris, Lettres Gothiques, 1990. Cita *apud* B. Geremek, *Les marginaux parisiens aux xive et xve siècles*, Paris, Flammarion, 1976, núm. 183, p. 234.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*, núm. 185, p. 186.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 217.

<sup>31</sup> Para todo lo relacionado con la tratadística de beneficencia, la mejor fuente de información es la eruditísima obra de doña María Jiménez Salas, *Historia de la asistencia social en España*, Madrid, csic, 1958, especialmente el cap. iv, “Visión histórica y literaria de los pobres”. El mejor panorama sobre la vida marginal del xvii español sigue siendo la

y capitulaciones matrimoniales de Quevedo nos pinta un Madrid repleto de rufianes, alcahuetas, estafadores y, junto a ellos, los falsos mendigos, entre los cuales “quien tiene llaga, la pela y refresca para el día siguiente”:

Enanos, agigantados, contrahechos, calvos, corcovados, zambos y otros que tienen defetos corporales, a los cuales fuera inhumanidad y mal uso de razón censurar ni vituperar, *pues no adquirieron ni compraron su deformidad*; exceptuando a los que de sus defetos hacen oficio, como en la corte se usa: pues el manco, pudiendo aprender el de tejedor, y el cojo el de sastre, etcétera, compran muletas, estudian la lamentona y plañidera y otras acciones de pordioseros, andándose de iglesia en iglesia, de casa en casa.<sup>32</sup>

Hasta llegar a Quevedo, las letras españolas conocen una larga trayectoria de alusiones a pobres fingidos y *dacianos*, como veremos. El tratadismo político y de beneficencia había abordado el tema ampliamente ante la problemática económica, social y moral acarreada por el gran número de pobres, menesterosos, mendigos y pordioseros. En las esferas pertinentes se había protestado, con empeño más o menos improductivo, que una de las causas de la decadencia de España era el gran número de mendigos fingidos. Si hemos de prestar crédito a voces más autorizadas que la nuestra, parece que el formidable problema ocasionado por grandes bolsas de desocupados y holgazanes viviendo al margen de toda ley se prolongó en España más que en otros países de Europa.<sup>33</sup> A este tenor cita Jiménez Salas un significativo párrafo de la *Conservación de monarquías* de Fernández de Navarrete (1623):

Y no sólo ha convidado a los españoles a seguir la mendiguez la subida del vellón, sino que también ha llamado y traído a estos reinos toda la inmundicia de Europa, sin que haya quedado en Francia, Alemania, Italia y Flandes y aún en las Islas rebeldes cojo, manco, tullido ni ciego que no se haya

obra clásica de don José Deleito y Piñuela, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Madrid, Alianza, 1997. Todavía es de gran interés el magnífico y extenso artículo de F. de Haan, “Pícaros y ganapanes”, en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, tomo II, Madrid, 1899, pp. 149-190.

<sup>32</sup> Quevedo, *Prosa festiva completa*, ed. C. C. García Valdés, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 231-232. Las cursivas son mías.

<sup>33</sup> Así lo expone Michel Cavillac, en el prólogo a su edición citada del *Amparo de pobres* de Pérez de Herrera. Las causas, no obstante, de tal situación distan mucho de semejar claras, y el problema de la abundancia de menesterosos en España, frisando ya incluso el siglo XVIII, no puede explicarse solamente por la deshonra que implicaron los “oficios mecánicos”, ni por el presunto y “triunfante” cambio de mentalidades a que indujo el advenimiento de la Reforma; véase M. Cavillac, *Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache*, Universidad de Granada, 1994.

venido a Castilla, convidados de la golosina de ser tan caudalosa granjería el mendigar.<sup>34</sup>

Sabemos igualmente que se cuentan por decenas las leyes y premáticas dictadas desde el siglo xvi al xviii sobre prevención de mendicidad fingida, vagabundez y otras lacras.<sup>35</sup> Las disposiciones sobre el tema del uso y maltrato a los niños no habían sido una excepción; valen como botón de muestra la pragmática dictada por Felipe II en 1565, donde se prescribe que “los mendigos con licencia no podrán traer consigo hijos mayores de cinco años”,<sup>36</sup> o la instrucción de corregidores del 15 de mayo de 1778, que ordena a las autoridades que “por ningún caso ni pretexto permitirán jamás que los que piden limosna traigan consigo muchachos ni muchachas [...] y aunque sean hijos suyos los separarán”.<sup>37</sup>

Entre toda esta literatura hallamos multitud de testimonios sobre niños estropeados intencionadamente. La primera de ellas remite a fray Juan de Robles, alias de Medina, religioso de la orden de san Benito, en su obra *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna, para remedio de los verdaderos pobres* (1545):

Y porque la experiencia y confesión de muchos dellos ha descubierto que gran multitud destos públicos llagados eran gente burladora y a quien la codicia, raíz de todos los males, hacía contra ley de la naturaleza aborrecer su propia carne, y plagarse por juntar cantidad de dinero. Por lo cual algunos a quien han querido curar de sus plagas responden: uno, que no quiera Dios que tal consienta, que la llaga del brazo le es unas Indias; y otro, que la llaga de la pierna le es un Perú. Y porque ninguno para sacar el mantenimiento necesario tiene necesidad de plagarse, ni se hace ninguno llagas por sacar lo que ha menester para el comer, sino por codicia de juntar dineros.<sup>38</sup>

Sucedió que muchos holgazanes viciosos, con nombre y traje de pobre, por no trabajar y andarse vagabundos, comenzasen a tomar por oficio el mendigar. Y ha llegado su diligencia a tales términos que es ya mucho más lo que éstos sacan por mentiras y importunidades que lo que bastaría (si bien se repartiese) para sustentar los pobres verdaderos; y aún para mayor engaño de los pueblos donde andan, se hacen ellos mismos llagas y tullen, ciegan y mancan a sus hijos y hijas y con estos y otros innumerables

<sup>34</sup> Jiménez Salas, *Historia de la asistencia social en España*, p. 39.

<sup>35</sup> Véase *ibid.*, cap. xv, “Disposiciones legislativas sobre pobres e instituciones de asistencia social”, pp. 127-143

<sup>36</sup> *Novísima recopilación*, vii, xxxix, ley xiv, *apud ibid.*, p. 129

<sup>37</sup> *Novísima recopilación*, vii, xxxix, ley xxvi, *ibid.*, p. 21.

<sup>38</sup> En fray Domingo de Soto, *Deliberación en la causa de los pobres* (y réplica de fray Juan de Robles), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1965, p. 174.

ensayos y engaños que cada día se descubren andan muchos dellos en cuadrillas, repartidos por provincias.<sup>39</sup>

Como que sepamos que la codicia en esta gente desordenada ha hecho que no pocos, sino muy muchos, se hallan llagado y descoyuntado a sus hijos para sacar dinero y que no solamente ningún cuidado tengamos de poner remedio en tan gran mal, más que digamos que no[s] parecen bien los hombres tollidos y llagados por las calles de los cristianos.<sup>40</sup>

Muchos males que la codicia hacía hacer a muchos que llagaban sus cuerpos y tullían o mancaban a sus hijos e hijas y compraban los ajenos y hacían y inventaban otras mil artes como estas para allegar dinero, como se ha sabido de muchos naturales y extranjeros destes reinos. Los cuales sabiendo que no les han de dar sino el mantenimiento, nunca para este sólo se llagarán ni tullirán, *a sí ni a otros*.<sup>41</sup>

En 1579, el canónigo catalán de Elna, Miguel Giginta, preocupado por la lamentable situación de los menesterosos, publica un *Tratado de remedio de pobres* con terribles noticias:

Ver pues a estos en las yglesias con sus molestias: uno os rompe la cabeça con su importunidad, otro os pega con el sombrero en los ojos, otro os da un baho de vino, que os rebuelve el estomago, y otro se os arrodilla al lado, o delante con sus andrajos sudados, que no podeys oyr una missa con atención, sin que baste mandarles que pidan a las puertas, sino que por fuerça han de entrar a estorbar los officios divinos con sus bozes: y la contemplación a los devotos, por lo que devrían tambien descomulgarlos.

Considérame pues la codicia destes, son tan interessados, que no ay embuste que no inventen para sacaros el dinero de la bolsa: hácese mil llagas fingidas, entreteniendolas sin curar, para mejor engañaros. Y algunas mendigas, para no perder el interesse deste y de otros vicios, haziéndose preñadas, como lo estan lo más del tiempo, procuran de mal parir para yr libres: y si todavía paren, luego los padres rompen los braços, o piernas a los niños, o los ciegan, para ganar con ellos en quanto les biven, y dexarles para despues con renta perpetua, que ellos llaman a esto. Otras de contrario humor que no paren, hurtan niños ya criados, para colorar su injusta causa de mendigar con ellos. Y en Lisboa açotaron el año passado a uno, porque se hizo cortar una mano, para ganar mendigando.<sup>42</sup>

En su célebre *Discurso de amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos* (1598), el protomédico de galeras de España,

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 264-265.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 304-305. Las cursivas son mías.

<sup>42</sup> Miguel Giginta, *Tratado de remedio de pobres*. Coimbra, Antonio de Mariz, 1579, fols. 10 vto.—11 rto., 12 rto.

Cristóbal Pérez de Herrera, lanza un alegato escalofriante contra la mendicidad organizada y la lamentable situación de los indigentes:

No de los menores inconvenientes es haber muchos que con poco temor de Dios, movidos desta ociosa y mala vida, pudiendo trabajar en otras cosas, se hacen llagas fingidas, y comen cosas que les hacen daño a la salud para andar descoloridos, y mover a piedad, fingiendo otras mil invenciones para este efeto, y haciéndose mudos y ciegos no lo siendo; y algunos, y muchos, que se ha sabido, que a sus hijos e hijas en naciendo los tuercen los pies o manos; y aun se dice que los ciegan algunas veces para que, quedando de aquella suerte, usen el oficio que ellos han tenido, y les ayuden a juntar dinero. Y esto es tanta verdad que, entre otros casos que me han sucedido, me contó el padre fray Pablo de Mendoza, persona muy docta y de mucho crédito, de la Orden de San Bernardo, que en esta Corte le pidió con muchas lágrimas una mujer que rogase a su marido que no le cegase un niño recién nacido quejándose que con un hierro ardiendo pasándose por junto a los ojos había cegado otros dos, y lo mismo quería hacer a éste. Y dice que le habló y reprehendió y atemorizó de suerte, que atajó aquel daño y maldad, y que vio que el hombre tenía su casa muy bien adornada y aderezada con la granjería de la limosna que juntaba con los dos niños ciegucecitos, que los traía de casa en casa, que eran hermosos, y movían a mucha compasión, y todos les daban limosna. Y también le contó un soldado muy honrado a Andrés de Prada, secretario de VM, que en un lugar se valió dél una mujer pobre, y le pidió que estorbase que su marido no le lisiase y estropease un niño recién nacido, diciéndole y quejándose que esto había hecho con otros que había parido, para que pidiesen limosna, y dejarles este oficio.

Y en Lisboa fueron castigados dos hombres por justicia:

El uno por haber dado un cruzado a otro porque le cortase una mano, y el otro por haberlo hecho así, a fin de quedar lisiado, y escusarse de trabajar [...] y que [Juan de Cardona, del Consejo de Guerra] pasando a caballo por la Plazuela de Santo Domingo el Real desta Corte, se acercó a una cuadrilla de muchos hombres y mujeres que venían de una casa de recibir limosna, e iban a otras donde la dan a muchos juntos, y oyó decir a una mujer, que traía un niño en los brazos, a otra de su hábito compañera suya: “¿Qué te parece Fulana deste niño que traigo? ¿No es muy bonito? Pues a fe que me cuesta tres reales cada semana, que doy a su madre, por que me le alquile para pedir limosna con él”.<sup>43</sup>

<sup>43</sup> Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*, ed. Michel Cavillac, Madrid, Espasa Calpe, 1975, pp. 27-30.

Para estas alturas, el tema de los pobres fingidos —y dentro de ellos, como guinda de horror, los tulleniños— ya era figura imprescindible del repertorio de espantos que agavilla la mendicidad; se había convertido, vale decir, en un *topos* del género. Pocos años antes de publicarse la edición completa de los discursos que integran el *Amparo de pobres*, el prior del monasterio de san Agustín de Barcelona, fray Marco Antonio de Camos, había sacado de la imprenta su obra *Microcosmía, y gobierno universal del hombre chistiano* (1595), donde relata uno de estos casos criminales, sucedido en Venecia, pero que guarda estrecha similitud con las anteriores noticias de Pérez de Herrera:

TURRITANO: Por alguna cosa estoy yo mal con los pobres: que no es por ser menesterosos, mas por ser los más viciosos, puesto que de ellos hay que gustan de serlo por ser vagabundos [...] Pobres hay algunos, que las enfermedades y llagas les rentan más que alguna provechosa heredad.

BENAVENTE: Desto diré dos cosas bien notables que una persona religiosa y amiga de tratar verdad me contó en Venecia. La una es que en esa Venecia, andando por la plaza de S. Marcho, un principal, que era de allí extranjero, se le llegó un pobre, como soldado, mal vestido, a pedir limosna. El caballero se la dio; y paresciale conocía aquel rostro. Ido el pobre, volvióse a un criado suyo y preguntó si había conocido aquel pobre; el cual respondió: "Sí, señor: éste es un lacayo que tuvistes en vuestra casa, tantos años ha". Apiadóse el caballero dél; y otro día, llegando el mismo pobre a pedirle limosna, él se la dio aventajada, y dijole: "Igual os fuera no saliros de mi casa, por no veros en la miseria que os veis". Encogióse el pobre y dijo que ya lo conocía, y despidióse. Así, continuaba cada día a pedir su limosna. Pasados algunos días, el pobre fue a la posada del caballero y, con encarescidos ruegos, le pidió por merced le sacase de pila a un hijo que le había nascido. El caballero dijo: "Obra es ésa de caridad, que la haré yo de buena gana. Yo enviaré un criado para que en mi nombre lo haga". Pero replicó el pobre: "Señor, aunque sea atrevimiento, suplico os vengáis vos en persona a mi pobre casa. Servirá de consuelo a mi pobre mujer: que, pues que no sois aquí muy conocido, poco va en que os vean entrar en ella". Debiera el caballero ser humilde y, así, le concedió que él iría. Otro día por la tarde acudió el pobre, para guiar al compadre que habría de ser; y fuese el caballero con él hasta cierto cuartel de la ciudad en un callejón angosto, adonde estaba la casa. Al entrar, recibieron al caballero tres o cuatro hombres de buen arte, muy en orden y aderezados, que le rescibieron; con los cuales el pobre le dejó (aunque no se aseguraba el caballero, dudando no le armasen alguna maraña, por lo cual mandó a sus criados no le dejasen) entretuviéndole aquellos hombres al caballero un poco. Luego acudió el pobre, no como pobre, sino como rico bien aderezado y vestido, y dijole:

“Señor, hacedme merced de subir a ver a vuestra comadre”. Subió el caballero, y dio en una sala no muy grande, pero bien aderezada de guadan:aciles. Luego entró en el aposento de la partera, a la cual halló en una cama de campo, con sus cortinas de seda, sábanas que, si no eran de Holanda, serían de fino Ruán, y asentóle en una muy buena silla a la cabecera de la cama, a donde se le dio una muy buena merienda. Espantado el caballero de ver cosa tan fuera de lo que imaginaba, puesto que en lugar de un pobre candil veía candeleros de plata y, en lugar de una silla rota, se la dieron de terciopelo, dijo: “Parésceme, Fulano, que si es todo aquesto prestado, es mucha la piedad de vuestra tierra; y si es vuestro y que lo poseéis, que sois más rico que yo”. Respondió el que se le hiziera pobre: “Señor, cada cual tiene en esta vida su industria y su manera de vivir. No había yo de ser mas desaprovechado que los demás: todo esto es mío, y aun muchos ducados en un banco, si os quisiéredes servir dellos”. Respondió: “Yo os lo agradezco”. En esto, oyó que la partera hacía señales de quererle hablar, que su marido no lo oyese. A lo cual, como diese el caballero lugar, ella con lágrimas le dijo: “Señor, toma la palabra a mi marido, que no estropee a este hijo como los demás; porque os hago saber que tres he parido sin éste, y cuál ha estropiado de un brazo, cuál de una pierna, cuál de otro brazo, cuál de entrambas piernas, para que pidan y muevan más a compasión a los que de aquella manera les vieren. Lo mesmo y aun peor hará de éste, si vos no lo impedís”. Entonces el caballero llamó a su compadre, y dijole: “Yo he holgado de vuestra prosperidad, aunque no de entender el artificio que usáis. Guarda que, pues habéis querido os fuese compadre, me habéis de dar cuenta de mi ahijado; por manera que, si sé que le lisiáis de su persona como a los demás hijos que Dios sin lesión os dio, yo os mandaré quitar la vida”. Oído esto, el astuto y engañoso pobre echó un grande suspiro y dijo: “Ah señor, ¡y qué me mandáis! Yo lo cumpliré así; pero entended que me quitáis más de seiscientos ducados de renta que este niño por su parte trujera en casa, medido con lo que los otros que tengo traen”.<sup>44</sup>

Tampoco habría de quedarse el tema del *daciano* sin su correspondiente reflejo novelesco. A Mateo Alemán debemos uno de los relatos más lamentables de la literatura española tocante a esta industria de lisiar pequeños. Pero veamos antes lo que el sevillano comentaba en su *San Antonio de Padua*:

Estos trabajos, esta contrastada navegación, estas borrascas y tormentas que padecemos en ella, es con lo que se merece llegar al puerto de gloria, con el capitán y maestro que nos guía. Esta pobreza y aspereza, son el pan de la religión, con que se sustenta y crece. Mas es dolor que perdida esta

<sup>44</sup> Fray Marco Antonio de Camos. *Microcosmia, y gobierno universal del hombre chistiano, para todos los estados, y qualquiera de ellos*, Madrid, Viuda de Alonso Gómez, 1595, p. 231.

santa consideración, se halla un hombre ocasionado (como dice el glorioso san Iuán Chrysostomo) a buscar feos y torpes medios para su remedio. Mienten, adulan, fingen, matan, engañan y roban a los estraños, no perdonando a sus propios hijos. ¿Qué no hace hacer la pobreza? ¿Qué no intenta y efetua? Pues a los tiernos niños, los crueles padres quitándoles los ojos, descoyuntándoles los pies y manos, para despues dexarles oficio, con aquel maleficio: que compadecidos dellos les den limosnas, de que se sustenten y vivan. Llámalos miserables y tristes, no solamente a ellos, empero a los que desto no se compadecen, pronosticandoles a los unos y a los otros el infierno cierto: a los padres por su maldad, y a los demás por su dureza, siendo tanta, y su caridad tan poca, que dan ocasion con su avaricia para la invención de tan atroces delitos.<sup>45</sup>

Y en el *Guzmán de Alfarache*, al fin, hallamos la conmovedora historia “que sucedió en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia”:

Hubo un hombre, natural de un lugar cerca de Génova, gran persona de invenciones y de sutil ingenio. Llamábase Pantalón Castelleto, pobre mendigo, que como fuese casado en Florencia y le naciese un hijo, desde que la madre lo parió anduvo el padre maquinando cómo dejarle de comer, sin obligarle a servir ni a tomar oficio. Allá dicen vulgarmente: “¡Dichoso el hijo que tiene a su padre en el infierno!” Aunque yo lo llamo desdichado, pues no es posible lograr lo que dejó ni llegar a tercero poseedor [ . . . ] Púsosele en la imaginación la crueldad más atroz que se puede pensar. Estropeólo, *como hacen muchos de todas las naciones en aquellas partes*, que de tiernos los tuercen y quiebran, como si fueran de cera, volviéndolos a entallar de nuevo, según su antojo, formando varias monstruosidades dellos, para dar más lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez y después con aquella lesión les dejan buen patrimonio.

Mas éste quiso aventajarse con géneros nuevos de tormentos, martirizando al pobre y tierno infante. No se los dio todos de una vez; que, como crecía, se los daba, como camisas o baños, uno seco y otro puesto, hasta venirlo a dejar entallado, según te lo pinto [ . . . ]

En lo que le dio, que fue la carne, comenzando por la cabeza, se la torció y traíala casi atrás, caído el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mil arrugas.

Era corcovado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, desencasadas y secas. Tenía sanos los brazos y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico y con sus manos lo regía; salvo que para subir o bajar buscaba quien lo hiciese, y no faltaba [ . . . ]

<sup>45</sup> Mateo Alemán, *San Antonio de Padua, Valencia*, Pedro Patricio Mey, 1607. fols. 273 vto.-274 rto.

Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolía dél y así por su pobreza como por sus gracias le daban mucha limosna.<sup>46</sup>

Un nuevo caso de uso de infantes en industrias criminales se halla en los *Avisos* de Jerónimo de Barrionuevo:

Echaron al anochecer un niño de cuatro años en el portal de una señora, viuda rica, que viéndose solo comenzó a llorar. Recogióle piadosa, creyendo era perdido. Vinieron a llamar a las once muy aprisa, preguntando por él, y aunque ella resistía el abrir a tal hora, fueron tantos los ruegos e importunaciones que hicieron, diciéndole el desconsuelo de sus padres, que abrió y entraron ocho enmascarados, llevándole todo cuanto tenía, que era mucho, en joyas y doblones.<sup>47</sup>

Mencionaremos aún el testimonio de Pedro Joseph Ordóñez, que en un enésimo tratado de beneficencia (1673) defiende la expulsión de las ciudades de los vagabundos y baldíos:

Por las ficciones que inventan, las mentiras que fingen, y las exclamaciones que hazen; pues con la aplicación de algunas yervas abren en sus cuerpos muchas llagas, que les sirven de bocas para pedir limosna; con la importunidad de varios modos lamentables, y voces doloridas, afectan temblores, crugén los dientes, gritan por las calles, ruedan por el suelo; tuercen los pies, hinchan las piernas, tullen los braços, vendan las cabeças, fingen achaques, tiñen los rostros, alteran los cuerpos; alquilan niños; roçan abito Eclesiástico, sin tener Órdenes; publican aver estado cautivos, suponiendo milagros en su rescate; se jactan de Soldados, mostrando sus cuerpos heridos, y hazen peregrinaciones, afectando votos, y siendo no pocas vezes espías de muchos Príncipes, para registrar las Fortaleças de los Reynos, y Ciudades, y reconocer los Presidios de las Provincias, y Repúblicas. Refiérese, que Vincencio de Lay con una acción obró tres milagros, pues con un palo hizo andar a un Tullido, oír a un Sordo y hablar a un Mudo<sup>48</sup> [...] que a los hijos en naciendo los estropean, y hazen lisiados, cegándolos a vezes, y usan de raras inhumanidades, y transformaciones, como frecuentemente manifiesta la experiencia.<sup>49</sup>

<sup>46</sup> Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, 2 tomos, ed. J. M. Micó, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 412ss.

<sup>47</sup> Jerónimo de Barrionuevo, *Avisos del Madrid de los Austrias y otras noticias*, ed. J. M. Díez Borque, Madrid, Castalia, 1996, p. 223.

<sup>48</sup> Pedro Joseph Ordóñez, *Monumento triunfal de la piedad catòlica*, Madrid, imprenta de Lucas de Bedmar, 1673, a costa de Gabriel de León, mercader de libros, fols. 11vto.-12 rto.

<sup>49</sup> *Ibid*, fol. 13 rto.-vto.

Todavía podemos mentar aquí, entre esta feria de horrores reservada a pequeños, dos célebres y “refinadas” suertes de tullir niños, más conocidas del mundo gentil y cortés. La primera de ellas se ve en la infortunada sarta de los *castrati* o capones; pues no hay que olvidar que uno de los móviles principales que inducía a los padres a llevar a castrar sus hijos era el de procurarse así un seguro sustento. De esta guisanos lo cuenta el sinvergüenza Casanova:

En Rímimi cuidaba de él un muchacho de mi edad, cuyo padre, próximo a morir, no había sabido disponer mejor cosa que hacer que lo castrasen para que su hermosa voz fuera el sustento de la familia.<sup>50</sup>

Y el tema vuelve a aparecer, incluso, en el *Romance de los hijos del hojalatero* reinventado por el gran Agustín García Calvo:

Tenía una hija de quince,  
flaca como la miseria,  
y un hijo de trece, más listo que el hambre,  
de lo que aprendía detrás de la escuela.  
Conque una noche, en chupando  
las raspas de tres sardinas,  
el hojalatero se puso ¡Me cago  
en Dios!, se acabaron trabajo y familia;

que, cuando hay necesidá  
(lo saben hasta los curas),  
no hay leyes que valgan ni qué de delito,  
que tós los pecaos ya tienen su bula;

asín que una de dos:  
o le damos a la Engracia  
a Frasca la Fina, que, si es que la quiere,  
la lleve a la casa que tié en Salamanca,

o si no, que el nuestro Andrés  
se vaya donde el Obispo,  
que diz que les pagan muy bien por cortarles  
los dos perendengues pal coro de niños.<sup>51</sup>

<sup>50</sup> Giacomo Casanova, *Memorias*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1978, p. 104.

<sup>51</sup> Agustín García Calvo, *Ramo de romances y baladas*, Zamora, Lucina, 1991, p. 66. El tema de los capones o *castrati* es tan amplio y complejo que se escapa al alcance de estas páginas, donde sólo se espigan dos ejemplos significativos; véase *Diálogo intuitivo el Capón*, ed. V. Infantes y M. Rubio Arquez, Madrid, Visor, 1993.

El segundo de dichos modos, igualmente encastillado en el linaje de las crueldades sociales, está en la extensa colección de monstruos, bufones, atracciones de circo, saltimbanquis, contorsionistas y todo ese género de desgraciados que durante siglos, en cortes y ferias, alimentaron la insanacuriosidad de gentes de todas las alcurnias. A esta índole de desventurados aluden puntualmente Ambroise Paré y Boaiustau. Todavía Victor Hugo construiría su novela *L'homme qui rit* en torno a ellos. Hugo traza —no sabemos con qué grado de credibilidad— un penoso panorama de la nobleza y las cortes europeas y orientales, sembradas de engendros de este tipo, cuya única misión era solazar a sus descansados amos.<sup>52</sup>

Lo marginal, la orfandad y la beneficencia fueron, como sabemos, temas bienquistos del romanticismo. Según el maestro francés, toda una industria organizada se cernía angustiosamente sobre los infantes para sacar de ellos atracciones vivientes. Menciona incluso un manual quirúrgico de *fabricación* de monstruos, obra de un dicho doctor Conquest, “miembro del Colegio de Amen-Street y visitador jurado de los establecimientos químicos de Londres”. Este doctor escribió un libro en latín sobre esta cirugía a la inversa, en el que da a conocer los procedimientos.<sup>53</sup> En *L'homme qui rit*, Hugo retrata un sórdido mundo entreverado por el negocio de tullir niños a diestra y siniestra. El cuadro no está exento de pintoresquismo, frivolidad, medias verdades y mentiras enteras; pero es igualmente digno de pesadilla. Estos tullidores de niños son llamados por Hugo, en español, “comprachicos” y “comprapequeños”; pues, según él, los había de todos los países “con el nombre común de ‘comprachicos’ fraternizaban ingleses, franceses, castellanos, alemanes, italianos”.<sup>54</sup> He aquí su estampa:

Los comprachicos son como la “pólvora de sucesión”, una antigua lacra social característica, que forma parte de la antigua fealdad humana. Los comprachicos se dedicaban al comercio de los niños. Los compraban y los vendían. Jamás los robaban. El robo de niños es otra industria. ¿Qué hacían de aquellos niños? Los transformaban en monstruos. De ahí nació un arte que tuvo sus maestros. Cogían un hombre y lo trocaban en un aborto; se

<sup>52</sup> Valga, para muestra, este sórdido botón: “Era costumbre que en el palacio del rey de Inglaterra hubiese una especie de vigilante nocturno que cantase como el gallo. Ese vigilante, que permanecía en pie mientras los demás dormían, rondaba por el palacio y a cada hora emitía ese canto de corral, repitiéndolo tantas veces como fuera necesario, supliendo a una campana. Este hombre, transformado en gallo, había sufrido en su infancia una operación de laringe, que formaba parte del arte descrito por el doctor Conquest”, Victor Hugo, *El hombre que ríe*, traducción de C. Vila, Barcelona, Bruguera, 1975, p. 28.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 32.

tomaba una cara y la convertían en una mueca. Detenían el crecimiento y moldeaban el semblante. Esta producción artificial de casos teratológicos tenía sus reglas y constituía toda una ciencia. Imaginemos una ortopedia en sentido inverso. Donde Dios colocó la mirada, este arte ponía el estrabismo. Donde Dios imprimió la armonía, se introducía la deformidad. Donde Dios puso la perfección se restableció la chapuza. Y a los ojos de los entendidos, esto era lo perfecto. Algunos vivisectores de aquella época conseguían borrar bastante bien del rostro humano la efigie divina.

Como acabamos de explicar, el comercio de niños en el siglo xvii se completaba con una industria. Los comprachicos hacían este comercio y ejercían esa industria: compraban los niños, trabajaban un poco esa materia prima, y luego los vendían. Había vendedores de toda clase: desde el padre miserable que se desembarazaba de su familia hasta el señor que utilizaba su tropel de esclavos. Vender hombres se consideraba natural.

Trabajaban al hombre como los chinos trabajan el árbol. Como hemos dicho, poseían unos secretos y tenían unos trucos. Arte que se ha perdido. Un cierto engendro extraño salía de sus manos. Resultaba ridículo y profundo. Retocaban a un niño con tanta habilidad que ni su propio padre le habría reconocido.

Los comprachicos no solamente desfiguraban el rostro de los niños, sino que les quitaban la memoria, por lo menos, dentro de lo posible. El niño no tenía conciencia alguna de la mutilación que había sufrido. Esta espantosa cirugía dejaba huella en su cara, pero no en su espíritu. Lo más que podía recordar es que cierto día le cogieron unos hombres, que después se había dormido y que seguidamente le curaron. ¿De qué le curaron? Lo ignoraba. De las quemaduras producidas por el azufre y de las incisiones del hierro no se acordaba. Durante la operación, los comprachicos adormecían al pequeño paciente por medio de unos polvos estupefacientes que pasaban por mágicos y que suprimían el dolor.<sup>55</sup>

El protagonista de la novela, Gwynplaine, es un niño deformado por una de esas bandas. He aquí su desolador retrato:

La naturaleza había sido pródigamente bondadosa con Gwynplaine. Le había dado una boca que se abría de oreja a oreja; unas orejas que se doblaban encima casi de los ojos, una nariz deforme propia para inclinarla a uno y otro lado, una mueca y una cara que no se podían mirar sin reír.

Tal como acabamos de decir, la naturaleza había colmado a Gwynplaine con sus dones. ¿Pero, era sólo la naturaleza? ¿No la habrían ayudado? Unos ojos que recordaban días de sufrimiento, un corte por boca, una protuberancia roma con dos agujeros que eran las aletas de la nariz, un rostro como aplastado, y todo eso daba como resultado la risa. Pero la verdad es que la naturaleza sola no produce esas obras maestras.

---

<sup>55</sup> *Ibid.*, libro 1, capítulo 11, pp. 25-27, 29, 31. Cito los párrafos abreviadamente.

¿Sólo la risa es manifestación de alegría?

Si ante aquel bufón —pues era un bufón— uno dejaba que se disipase la primera impresión de alegría, y si se le observaba atentamente, se advertía en su rostro la huella del arte. Pero semejante rostro no se debía al azar, sino que estaba hecho adrede. Rostros como aquél no son obra de la naturaleza.

Según todas las apariencias, los industriosos comprachicos habían remodelado su rostro. Era evidente que una ciencia misteriosa, probablemente oculta, que era a la cirugía lo que la alquimia es a la química, había cincelado aquel rostro, seguramente en la edad infantil y con premeditación. Esta ciencia, hábil en las disecciones, en las oclusiones y en las ligaduras, había hundido la boca, desfigurado los labios, descarnado las encías, distendido las orejas, deshecho los cartilagos, desordenado las cejas y las mejillas, ensanchado el músculo cigomático, difuminado las costuras y las cicatrices, extendido la piel sobre las lesiones, manteniendo siempre el semblante boquiabierto y de aquella escultura poderosa y profunda había salido una máscara: Gwynplaine.

Gwynplaine era saltimbanqui. Se exhibía en público, causando un efecto incomparable. Curaba las hipocondrias sólo con dejarse ver. Las gentes que estaban de luto debían evitarle, pues si le veían no podían resistirse a la inconveniencia de reír.

Riendo, Gwynplaine hacía reír. Y, no obstante, él no reía. Su cara reía, pero su pensamiento no. La especie de rostro inaudito, que el azar o una industria extraña le había proporcionado, reía solo. Gwynplaine no contribuía a ello. El exterior no dependía del interior. No podía despojarse de aquella risa que le habían impreso en la frente, en las mejillas, en las cejas, en la boca [...] La llevaba para siempre en su rostro.

Para Gwynplaine, la posdata era ésta: a fuerza de voluntad, concentrando en ello toda su atención, y con la condición de que ninguna emoción le distrajera y distendiera la fijeza de su esfuerzo, podía llegar a suspender la eterna mueca de su cara y echar sobre ella una especie de velo trágico, y entonces ya no se reía ante él; se temblaba.

La operación que practicaron en él debió de ser horrible. Él no se acordaba, pero esto no prueba que no la hubiese sufrido. Esta obra quirúrgica sólo podía tener éxito en un niño muy pequeño, y por consiguiente sin comprensión de lo que le ocurría. Aparte de ese rostro, quienes le educaron le habían proporcionado recursos de gimnasta y de atleta. Sus articulaciones, útilmente dislocadas y propias para flexiones en sentido inverso, habían recibido una educación de *clown* y podían moverse en todos los sentidos como los goznes de una puerta. En su preparación para el oficio de saltimbanqui, no habían olvidado nada.

La gente veía a Gwynplaine y reía. Cuando había reído, volvía la cabeza. Especialmente las mujeres se horrorizaban. Aquel hombre era espantoso.<sup>36</sup>

<sup>36</sup> *Ibid.*, libro II, capítulo I, pp. 239-243. Cito abreviadamente.

De esta guisa podríamos seguir espigando ejemplos aquí y allá, porque en las páginas de los libros viejos y no tan viejos se hallan incontables linajes de espanto, y tantos son los criminales y sacamantecas ciertos que en ellas se ocultan, que endando una patada al suelo salen *dacianos* de debajo de las piedras.<sup>57</sup> Cuando parece que el monstruoso negocio se ha ido extinguiendo sordamente, un nieto del *muša'ib* se pasea por las páginas de Naguib Mahfuz.<sup>58</sup> El terrorífico relato de Zaita, hijo de mendigos profesionales que alquilaban niños para limosnear, no tiene desperdicio:

En el suelo, debajo del ventanuco, yacía una masa informe, replegada en sí misma, tan sucia y nauseabunda que no se hubiera distinguido del suelo a no ser por sus miembros, de carne y hueso, de una serie de elementos que, a pesar de todo, le conferían el derecho de ser considerado un ser humano. Se trataba de Zaita, el hombre que alquilaba el cuarto a la panadera Husniya.

Quien veía a Zaita una vez, lo recordaba el resto de su vida. Su apariencia era de una simplicidad asombrosa: un cuerpo delgado y negro del que colgaba una *galabieh* negra. Negro sobre negro, simplemente, y dos ranuras en las que el blanco de los ojos brillaba de una forma inquietante. Zaita no era negro, era un auténtico egipcio de tez naturalmente cobriza. Tampoco había sido negra la *galabiyeh*, en su origen. Pero en aquel tugurio todo terminaba siendo negro [...]

Todos estaban al corriente de su oficio. Era una industria de envergadura por la que se merecía el tratamiento de “doctor” [...] Se había especializado en la fabricación de lisiados, y sus clientes eran los mendigos. Consistía el singular oficio en crear, con la ayuda de los utensilios de la estantería, la lesión más adecuada a cada personaje. Los clientes entraban en su cuarto en perfecto estado y salían de él ciegos, cojos, jorobados, mancos o con una pierna amputada. El azar le había proporcionado la oportunidad de adquirir una gran habilidad en ello. Había trabajado muchos años en un circo ambulante y desde pequeño frecuentaba el mundo de los mendigos. El trato con ellos se remontaba a la época en que vivía con sus padres, que eran pordioseros. En el circo se había iniciado en el arte del “maquillaje”, arte que, al principio, había practicado como aficionado y que, luego, apremiado por la necesidad, había puesto al servicio de su extraña profesión [...]

<sup>57</sup> Así, el caso aparece hasta en las páginas del tratado de *Derecho penal* de M. Cobo del Rosal y T. S. Vives Antón (parte general, p. 466): “Unos mendigos rusos mutilan, para utilizarlos en sus tareas mendicantes, a varios niños; algunos han muerto ya a consecuencias de la salvaje intervención y, no obstante, los mendigos mutilan a un niño más, que también muere”. Más menciones sobre explotaniños europeos, con *dacianos* inclusive, se hallarán en Geremek, *Les fils de Cain*, pp. 98, 102, 119 etcétera.

<sup>58</sup> Naguib Mahfuz, *El callejón de los milagros*, Barcelona, Alcor, 1988, caps. vii y xvi. Véase igualmente el comentario de E. Gálvez, *El Cairo de Mahmud Taymur*, 2ª ed., Universidad de Sevilla, 1991.

Cuando se ponía a trabajar y creaba una lesión en el cuerpo de sus clientes, ponía en ello una calculada crueldad, amparándose en el secreto profesional. Si la víctima osaba gemir, sus inquietantes ojos tomaban un brillo amenazador. Y a pesar de ello, los mendigos eran la gente que más quería de todo el mundo, y su deseo era que la Tierra se llenara de ellos.

Una vez Mahfuz hace decir a Zaita, cuando éste habla con sus clientes:

Eres demasiado débil para aguantar presión en los miembros. De hecho, pasados los veinte años, no es recomendable hacerse un deformación postiza, porque las postizas hacen tanto daño como las auténticas. Mientras los huesos son tiernos, hay garantía de que la deformidad dure. Pero tú eres todo un viejo. ¿Qué podría hacer por ti?

Y más adelante:

Los mejores médicos del país serían incapaces de hacer lo que yo hago. Por si no lo sabías, hacer una deformación falsa es mucho más difícil que hacer una auténtica.

Son demasiados datos, y demasiado cercanos a nosotros. Tras leer tanto testimonio antiguo sobre los *dacianos* —en boca de quienes supuestamente les conocieron—, la moderna historia de Mahfuz parece tan real, tan llena de pormenores que destilan buen conocimiento del siniestro tema, que no podemos dejar de preguntarnos: ¿conoció Mahfuz al verdadero Zaita, o a algún primo suyo quizás? El Diablo, que atenta contra las verdades, nos libre de contestar tal cosa.

Haciendo ronda de noche por las etimologías, veremos que *muša'ib* es el participio activo de la forma segunda de la raíz *ša'ba*; raíz compleja, harto polisémica y antonímica que encierra un significado general de “estar compuesto” (o descompuesto) en varias partes; “disgregarse” o “integrarse” por activa o por pasiva; y así lo recogen Dozy<sup>59</sup> y Lane.<sup>60</sup> De este modo, *muša'ib* viene a significar “componedor-descomponedor”, “quebrador-unidor” etc. Con este solo dato, ¿se explica expresamente por qué al-Yahiz y Bayhaqi llaman *muša'ib* al tullidor de niños? Es tentador pensarlo. Empero, ni Lane ni Dozy, ni Ibn Manzur ni az-Zabidi dan para la voz *muša'ib* una acepción seme-

<sup>59</sup> Dozy, *Supplément aux dictionnaires arabes*, p. 760.

<sup>60</sup> *Ša'aba*: “In a general sense, he repaired, mended amended, adjusted several things; and it seems to signify also the contr. of these two meanings: i. e., he cracked several things, and he corrupted several things”, E. W. Lane, *Arabic-English Lexicon*, 2 tomos, Cambridge, Londres, The Islamic Texts Society, 1984 (reimpr. 1877), tomo II, s. v. *ša'aba*, p. 1555b.

jante a la de al-Yahiz y Bayhaqi: no hay en ellos ninguna alusión a niños tullidos, ni mendigos, ni limosna. Muy sospechoso en sabios tan conienzudos como Dozy y Lane; alarmante en Ibn Manzur y az-Zabidi, quizá los dos lexicógrafos más minuciosos y enciclopédicos de la lengua árabe, siempre prestos en sus casi treinta volúmenes a contar cualquier anécdota, detalle o menudencia. Si se trataba de una acepción consagrada por el uso, ¿cómo iban a ignorar una sola de las palabras escritas por al-Yahiz, el Cervantes de la literatura árabe? Debemos pensar en un uso extremadamente particular de esta palabra por parte del genio de Basora y su imitador al-Bayhaqi; un uso tan particular que se limita a ellos mismos.

¿Cómo? Kazimirski, Ibn Manzur<sup>61</sup> y az-Zabidi<sup>62</sup> reflejan dos curiosos sinónimos de una lengua tan sintética como el árabe: *maš'ub* y *muša'ab*, participios pasivos aplicados ambos al animal “marqué d'une marque imprimée sur la peau (chameau etc.)”.<sup>63</sup> Por lo tanto, el animal *maš'ub* o *muša'ab* designa a aquel que ha sido víctima de una herida intencionada, de una modificación corporal relacionada con el mundo de los tatuajes, cauterios, escarificaciones y otras “heridas simbólicas”.<sup>64</sup>

Sabemos que los árabes marcan y tatúan sus camellos desde épocas inmemoriales, al tiempo que los someten a varios linajes de modificaciones corporales, algunas veces pintoresquíssimas.<sup>65</sup> Llegados aquí, nos preguntamos: ¿puede haber alguna relación entre los participios pasivos *maš'ub* / *muša'ab* (“objeto de alguna deformación o herida simbólica”), y su correspondiente participio activo *muša'ib* (“deformador”, o “autor de deformaciones” nada simbólicas)?

Aunque los diccionarios nada nos dicen de ello, conectaríamos por esta vía el mundo de la veterinaria, de las modificaciones corporales (tatuajes, circuncisiones etc.) y de la medicina popular con el enigmático *muša'ib* que exhibe sus estropicios en las páginas de al-Yahiz y al-Bayhaqi. ¿Era el *muša'ib*, al igual que el daciano y el resto de

<sup>61</sup> *Lisan al-'arab*, 18 tomos. Beirut, 1988, tomo vi, s. v. *ša'aba*, p. 129b.

<sup>62</sup> *Tay al-'arus*, El Cairo, al-Maktaba al-Jayriyya, 1306 H., 8 tomos, tomo i, s. v. *ša'aba*, p. 319.

<sup>63</sup> A. de B. Kazimirski, *Dictionnaire arabe-français*, Beirut, Librairie du Liban, s. d. (reimp. 1860), 2 tomos, tomo i, s. v. *ša'aba*, p. 1236a.

<sup>64</sup> Sobre este tema, véase Bruno Bettelheim, *Heridas simbólicas*, Barcelona, Barral, 1974; y sobre todo M. Chebel, *Histoire de la circoncision*, Paris, Balland, 1997.

<sup>65</sup> Véase Julio Caro Baroja, *Estudios saharianos*, Madrid, Júcar, 1990, p. 88. Al-Yahiz menciona en el *Kitab at-tarbi' wa t-tadwir* la operación de sacar un ojo al semental para preservar a la manada de las epizootias, o el cauterio dado a los camellos sanos para curar de la sarna a otros enfermos, por cierta suerte de transmisión mágica (*Libro de la cuadratura del círculo*, Madrid, Gredos, 1998, § 69).

tullidores profesionales, un desecho o secreción dañina del tropel de tatuadores, barberos, circuncidados, herradores de bestias, castradores y otras raleas tan atestiguadas desde antiguo en el mundo semita? Desde luego, abona esta hipótesis la casi certeza de que ponerse desalmadamente, fríamente, intencionadamente a desjarretar un niño vivo supone ya de suyo unos mínimos conocimientos médicos, anatómicos, que, si bien elementales, requieren al menos una cierta *técnica*. Así lo afirman Victor Hugo y Zaita, quien sostiene que “los mejores médicos del país serían incapaces de hacer lo que yo hago”. Ello nos lleva a pensar si, considerando la hipotética vinculación semántica entre el *maš'ub / muša'ab* y el *muša'ib*, no pudo éste formarse, emerger o salir del mundo de aquél.

Alusiones a marcas, barberos y tatuadores en el mundo antiguo arrancan de las primitivas leyes sumerias<sup>66</sup> y llegan hasta el Código de Hammurabi.<sup>67</sup> Lo mismo consta en Heródoto<sup>68</sup> y el Levítico.<sup>69</sup> Y ya con la fastuosa civilización abbasí, ¿qué diremos de los 11 000 eunucos que poseía el califa al-Muqtadir?<sup>70</sup> Teniendo en cuenta que, en muy buena parte de los casos, estas operaciones estaban prescritas y reguladas por la ley y el orden, ¿quién se encargaba de ejecutarlas? Debemos pensar en la existencia de un permanente personal especializado en semejantes oficios, pues, si no, ¿quién castró a tantos eunucos como tuvo al-Mutawakkil? En otras palabras: sacar muelas, cortar barbas, herrar bestias, tatuar, circuncidar, castrar y —¿por qué no?— últimamente tullir niños, ¿no pudieron ser actividades más o menos vinculadas entre sí, apropiadas por tantos “oficiales de la medicina” multiplicados acá y acullá por la “demanda”?

En su extraordinaria obra *Manners and customs of the modern Egyptians* (1836), el maestro de arabistas E. W. Lane ofrece unas breves pero significativas pinceladas del mundo marginal egipcio:

Un gran número de personas entre las clases humildes de El Cairo, así como en otras ciudades de Egipto, se ganan la vida pidiendo. Como se puede esperar, no pocos de entre ellos son impostores abominables. Existen algunos

<sup>66</sup> Véase *Los primeros códigos de la humanidad*, ed. F. Lara Peinado y F. Lara González, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 34, 69, 74, 92 etcétera.

<sup>67</sup> *Código de Hammurabi*, trad. F. Lara Peinado, Madrid, Tecnos, 1997, xvii, 40; xix, 40.

<sup>68</sup> Heródoto, *Historia*, trad. C. Schrader, Madrid, Gredos, 1988, v, 35 y 147.

<sup>69</sup> 12: 3-4; 14: 9; 19: 26-28; 21: 5-6 etcétera.

<sup>70</sup> Véase Philip K. Hitti, *Historia de los árabes*, Madrid, Razón y fe, 1950, p. 276; véase A. Mez, *El renacimiento del Islam*, trad. S. Vila, Madrid, Publicaciones de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, 1936, pp. 200ss, 422ss.

cuya apariencia es de lo más turbadora a los ojos de cualquier ser humano que los contemple, pero que sin embargo acumulan considerables riquezas.<sup>71</sup>

Antes de esto, Lane alude a las prácticas del tatuaje y la circuncisión:

Mujeres viejas, y otras que no lo son tanto, que se dedican a recorrer los pueblos a fin de hacer estas operaciones a los muchachos, y en ocasiones, son los padres mismos los que las llevan a cabo.<sup>72</sup>

Y después apunta valiosamente la vinculación entre los gitanos egipcios y el mundo trashumante:

Algunas de estas gitanas también gritan: “*jneduqq wa-ntahir*” (“¡tatúo y circuncido!”). Muchos de los gitanos egipcios son herreros, soldados y caldereros, o vendedores ambulantes de artículos que hacen gentes de su clase, en especial baratijas de latón etcétera.<sup>73</sup>

De modo que hasta el siglo XIX hallamos que en Egipto había tatuadores y circuncidadores ambulantes; y que estaban más o menos vinculados con la vida marginal (tan abundante en aquel país); y que a las veces eran gitanos. Según el mismo Lane, algunas de las actividades principales de los gitanos de Egipto eran las relacionadas con el mundo circense: saltimbanquis, equilibristas y prestidigitadores. Ahora debemos recordar que Zaita había sido hijo de mendigos vagabundos y

había trabajado muchos años en un circo ambulante y desde pequeño frecuentaba el mundo de los mendigos. El trato con ellos se remontaba a la época en que vivía con sus padres, que eran pordioseros. En el circo se había iniciado en el arte del “maquillaje”, arte que, al principio, había practicado como aficionado y que, luego, apremiado por la necesidad, había puesto al servicio de su extraña profesión.

Hasta aquí los datos; la verdad no la sabemos.

En cuanto a Europa, la voz “daciano” nos ayuda poco a dilucidar esta hipótesis que venimos trazando, pues, según se nos antoja y veremos, la etimología de esta palabra, verdadero cultismo perverso, no guardarelación con el tema de la medicina popular ni de la vida marginal y vagabunda. Jehan Baril, el terrible estropeañón de Geremek, había tenido, sin embargo, relación con el mundo de la carnicería, pues era

<sup>71</sup> Edward W. Lane, *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*, Madrid, Libertarias / Prodhufl, 1993, p. 322.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 200-201

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 378.

“escorcheur de bestes” antes de meterse a hacer destrozos. ¿No es, cuando menos, significativo? Recordemos que, de cuantos testimonios sobre *dacianos* tenemos, el de Jehan Baril es el único caso efectivamente cierto, pues figura en un proceso registrado en los archivos nacionales franceses.

A falta de otros y mejores conocimientos, proponemos con todas las cautelas que pueda haber un no muy nítido pero continuo hilo temporal a cuyos cabos andan enredados el *muša'ib* y Zaita, y ambos a la vez con sus primos hermanos europeos Jehan Baril y *dacianos* adláteres; y que semejante hilo sale, estirando, de la desmadejada madeja que conforman las “artes médicas” populares ambulantes. Bien está que, como el maestro F. de Haan, añadamos a esto que “si los datos que aquí hemos aportado se desvirtuaren con los que otro más entendido adujere, sería el primero en alegrarme de tal resultado”.<sup>74</sup> Por ahora basta.

Recapitulando al cabo, vemos que el tullidor de niños, ese monstruoso residuo de las sociedades organizadas, arranca en la literatura de san Juan Crisóstomo y viene a morir, como un negro resabio del pasado, en las sabrosas páginas de Naguib Mahfuz. Entonces, ¿por qué comenzar este trabajo *in medias res*, subtitulándolo “Del *muša'ib* de al-Yahiz a los *dacianos* de Carlos García”? Porque creemos que en ambos casos se trata de una vuelta de tuerca, de una aportación personal a tan alucinante tema. Al-Yahiz nombra a un *muša'ib* que, haciendo honor a su marginalismo, se escapa de los diccionarios árabes. Carlos García apellida la sombra de un *daciano* ausente de los diccionarios españoles.<sup>75</sup> Probablemente, en ambos casos se trata de una acepción única, de un *hápx*. ¿Fue la voz *muša'ib* un invento de al-Yahiz, al igual que la palabra “*daciano*” lo fue de Carlos García? Creemos que sí. ¿Y por qué? Porque cuando el supuesto médico exiliado en París decide poner nombre a la anónima bestia del tullidor, tiene tras de sí una larga tradición de alusiones a los deformadores de niños, y los bautiza guardándose un último y cínico guiño culturalista: ¿quién fue *Daciano*? La historia vuelve a hablar: así se llama el legendario y sádico procónsul romano de la Tarraconense que en el siglo IV ordena y preside el atroz martirio de niños cristianos, entre ellos los santos Eulalia, Justo y Pastor, a quienes azotó, quemó y despedazó. *Vade retro, Satana*.

<sup>74</sup> “Pícaros y ganapanes”, p. 181.

<sup>75</sup> En efecto, la voz “*daciano*” no figura en el *Tesoro* de Covarrubias, ni en el DRAE, ni en el de *Autoridades*, ni en el etimológico de Corominas / Pascual, ni en la *Enciclopedia del idioma* de Martín Alonso ni en otros muchos que hemos consultado. Sólo la hemos hallado en el vetusto *Diccionario popular universal de la lengua española*, compilado y dirigido por D. Luis P. de Ramón, 6 tomos, Barcelona, Imprenta y Librería Religiosa y científica, 1887: “Ladrón de niños pequeños, a los que estropea cruelmente, para venderlos a ciegos, saltimbancquis, vagabundos etc., quienes excitan con ellos la compasión del público”.